

Prólogo

Desde hace varias décadas, en particular desde que el debate por la sustentabilidad alcanzó dimensión global, la ciudad de Buenos Aires reclamaba un relato que uniera, conectara y explicara, los condicionantes ambientales que forjaron la particular relación entre su geografía y su propio desarrollo. Es este el papel fundamental que viene a ocupar *Historia ecológica de la ciudad de Buenos Aires*. Historia narrada, hasta ahora, en fragmentos y recortes que, en línea con cada tradición académica, conformaron los grandes relatos fundacionales que fueron de la colonia a la modernidad: la transformación urbana impulsada por la Generación del 80; el esplendor de la capital aristocrática de principios del siglo XX y, años después, la gran ciudad de clase media que se constituyó en referente cultural de América Latina hasta el colapso institucional de los 70 y los altibajos económicos que marcaron los últimos treinta años de democracia ininterrumpida.

Como dice Brailovsky, el ambiente no puede comprenderse si no lo consideramos como una construcción social, y anuncia una de las claves de lectura de un texto que, justamente, viene a explicar el proceso histórico, económico y cultural que moldeó esa construcción social para inventar a la Ciudad misma. Causa y consecuencia de una multiplicidad de factores que se han combinado para ser lo que hoy somos. *Historia ecológica de la ciudad de Buenos Aires* nos muestra cómo llegamos a este presente, con aciertos y con errores, con la mirada de grandes estadistas que fueron capaces de imaginar y construir una red de saneamiento pionera en América Latina, o de darle rienda suelta a la genialidad de un paisajista como Carlos Thays; pero también con su incapacidad crónica de definir un modelo de relación con la costa del Río de la Plata; de enfrentar la contaminación del Riachuelo o de encarar un plan de gestión de los residuos sólidos urbanos.

Brailovsky nos muestra cómo la identidad porteña se explica a partir de entender de qué forma y en qué medida el desarrollo urbano estuvo condicionado por factores predeterminados, previos y estructurales como la relación de la Ciudad con el agua; las materias primas para la industria de la construcción y el diseño de la infraestructura destinada a domesticar los arroyos de llanura que desaguan en el Río de la Plata; desafíos recurrentes que, con mayor o menor inventiva, han tenido que enfrentar, a lo largo de los más de cuatrocientos años de historia, los administradores de la ciudad-puerto. Desafíos definidos por las condiciones geográficas de una llanura baja e inundable, expuesta a la particular dinámica hídrica del Río de la Plata, sobre la cual, por razones más de estrategia militar que de racionalidad urbanística, se decidió fundar dos veces la misma ciudad.

Como contracara de la misma moneda, Brailovsky explica, con profusión erudita de fuentes y de citas, de qué forma las prácticas sociales derivadas de los esfuerzos por adaptar la vida cotidiana (con su impronta europea) al medio natural provocaron los primeros impactos ambientales: los hornos de ladrillo y las fábricas de velas contribuyeron a la contaminación del aire; los vertederos de basura y los saladeros, a la putrefacción del Riachuelo. Con creatividad metodológica, logra, a través del estudio de una serie de indicadores como la contaminación del agua; el manejo de los residuos; las condiciones sociales y el hábitat popular; la salud ambiental y las epidemias; la contaminación del aire y la contaminación industrial; los espacios verdes y las grandes obras de infraestructura, elaborar una cronología a través de la cual definir cada etapa evolutiva de esta historia ecológica. Historia en la que los emergentes materiales (producidos por las decisiones que definen un tipo de intervención territorial por sobre otra posible) son la consecuencia de un juego de tensiones políticas, prácticas sociales y una cierta sensibilidad de época. Aflora, entonces, el componente cultural, la variable más difícil de definir y de sistematizar que Brailovsky, en un verdadero esfuerzo de arqueología social, logra aislar a través del análisis de fuentes como la producción literaria y pictórica; las polémicas reflejadas por la prensa y el discurso político o por instrumentos de estado que van de mandas del Cabildo hasta decretos del Poder Ejecutivo. De esa red discursiva resaltan, con particular claridad, los indicadores de esa dinámica cultural, invisible a primera vista, que se traduce en, por ejemplo, la traumática relación de los porteños

con la gestión de sus residuos. Del pedido del Cabildo a los vecinos para que los esclavos muertos sean enterrados en los cementerios y que sus cuerpos no sean arrastrados por las calles, al corrimiento de los vaciaderos de basura hacia al sur, ya entrado el siglo XX, en una dinámica social que produjo el surgimiento de una verdadera clase de desclasados, conformada por personas que, en condiciones infra-humanas, anticiparon el debate moderno sobre la reducción de los residuos, la separación en origen y el reciclaje.

De este modo, la Ciudad pasada explica la presente y nos obliga, como sociedad y como Estado, a preguntarnos por la futura. Esta necesariamente deberá construirse sobre un debate que permita corregir los errores del pasado, rendir las asignaturas pendientes del presente y planificar en base a los criterios del siglo XXI, con eje en la sustentabilidad y la eficiencia energética y en la necesidad de adaptarnos al mayor desafío que enfrenta la humanidad: la lucha contra el cambio climático. La historia ambiental de Buenos Aires determina gran parte de su pasado, pero no necesariamente condiciona su futuro. La visión de Brailovsky es reconocida en el mundo del ambientalismo y, desde el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, no necesariamente la acompañamos en todos sus aspectos. Sin duda, tiene más de un párrafo controvertido, pero es nuestra intención ayudar a que su posición sea conocida, así como otras posibles, para generar, a partir del disenso y el debate, el consenso necesario para acordar una visión común. Aprender a hacer las cosas mejor en esta etapa de globalización, implica un ejercicio de construcción colectiva y un relato acordado sobre lo que pasó. La Buenos Aires del 2030 o del 2050 depende de la Buenos Aires que ha sido, pero también, y fundamentalmente, de lo que hagamos en el medio.

Lic. Javier Corcuera
Ex presidente (2010-2013)
Agencia de Protección Ambiental
Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires